

La libertad de pensamiento en un mundo de transición

Miguel Montoya Salas

Introducción

La transición del feudalismo al mercantilismo, en el análisis económico; el tránsito de la edad a la modernidad, en el análisis histórico; el vuelco copernicano de la astronomía; los viajes de Colón y Magallanes en la geografía y la navegación; el surgimiento de la burguesía en el espectro social; el descubrimiento del hombre como centro del universo en el humanismo; la vuelta al arte de la edad clásica en el renacimiento; el desplazamiento de Dios; son fenómenos que no pueden estudiarse aislados, sino integrados y comprendidos como expresión de unas ideas nuevas que surgen al compás de los tiempos y de las necesidades del hombre de la época: 1490-1570.

Se aspiraba con vehemencia desatar las amarras que una iglesia dogmática, mantenía sobre la fe y sus creyentes. El hombre de esa transición reclamaba "libertad de pensamiento" para entender el mundo que se le presentaba cuajado de innumerables acertijos. Ante esa necesidad, las instituciones se conmovieron, se fracturaron; pero debieron dar paso a *reformas y restauraciones*. En el seno de estos procesos, grandes pensadores, ávidos de libertad y que la ejercían de hecho, desenmarañaban viejos dogmas, oscuros prejuicios y tradiciones, insostenibles ya por el progreso de las ciencias. Fueron, esos pensadores y sabios, el fermento y la levadura de esos cambios que el mundo acusó, con ineludible ejecución, en esa época de crisis que marca el corte (kriné) y el inicio de nuestros tiempos.

I.- Un mundo en transición

Desde mediados del siglo XV hasta fines del siguiente siglo, el mundo occidental sufre un vuelco extraordinario. Aquella pesada y difusa edad media acusa sus últimos estertores en una España que expulsa árabes, en una Roma que edifica la Capilla Sixtina bajo las órdenes y el genio de Miguel Angel, en una Europa central que es removida hasta los cimientos por hombres que tomaron bajo sus hombros la responsabilidad de repensar el mundo y sus instituciones: Erasmo, Calvino, Maquiavelo, Lutero, Tomás Moro, Copérnico, Ignacio de Loyola, Lefebvre de Etaples, Carlos V, Colón, Zwonglio, Rabelais, Montaigne, etc.

Es una época signada por la reforma y la restauración. Transitar del feudalismo a la modernidad es un proceso demasiado complejo. ¿De dónde surge esa suprema necesidad de instaurar al hombre como centro de la historia, desplazando a Dios de dicho sitio? La razón humana va apoderán-

dose del saber para desechar "creencias". Surgen inusitadamente los descubrimientos geográficos; la vuelta "a lo clásico" genera el renacimiento; las ciudades se organizan para dar a luz nuevas relaciones comerciales, basadas en el "mercantilismo". Se impone, por otro lado, la revisión de la fe y de las estructuras temporales de la Iglesia. Nuevos estados nacionales son esbozados. Tales son, a grandes rasgos, los fenómenos primordiales de este tránsito de la humanidad.

El mundo se ensancha; inmensas tierras, nuevos mares amplían las esperanzas del hombre. Despiertan los apetitos de lucro y de placer; corren ríos de dinero; portugueses, españoles y holandeses se pasean por las Indias orientales y occidentales. Consciente de su propio tiempo, de su propia eficacia, se afirma y se asienta una nueva clase: la burguesía. Esos habitantes de los burgos producen en pequeñas empresas de arriesgada y nueva libertad; prudentes y calculadoras, viajeros y conquistadores, mercaderes y cambistas, peregrinan por el mundo enarbolando nuevas formas de vivir.

Así como los países litorales de Europa desafiaron los límites del océano, así también los estados interiores desafiaban sus propias tradiciones. Cómo nos sorprende ese desconcertante humanismo italiano, por su mezcla de lo sutil y lo directo, lo matizado y lo brutal, lo osado y lo prudente! Pero, es necesario decirlo, estos no son partos de un solo lar. Italia se mueve al compás y "a posteriori" de la bulliciosa edad media francesa. Dante, Petrarca y Bocaccio constituyen rezagos luminosos de los cantares de gesta y de las hermosas escenas cantadas con regocijo por los trovadores franceses en cortes y castillos de la época. El concepto de belleza, acuñado en las ciudades meridionales de Italia, tiene un fuerte sello de lo original y clásico. La vuelta a la naturaleza, al realismo bucólico y pastoril de la campiña y de las madonas latinas, señala el

redescubrimiento de lo ya dado; el respeto y la aceptación del cuerpo humano en sus exquisitas desnudeces, nos hablan de un hombre liberado de las culpas de un cuerpo "caído en desgracia" por el pecado. Los artistas van señalando los nudos de las ligaduras que es necesario soltar.

Fuera del arte, grandes pensadores mentes renovadoras habían contribuido a darle ese signo de dinamismo a esa época europea en la cual se gesta paulatinamente el proceso de la "modernidad": Pico de la Mirandola, Raymundo Lulio, Nicolás de Cusa, Dante y Petrarca. Estos, entre otros, figuran como aquellos hombres que sembraron ideas y crearon un ambiente propicio para que el hombre se tomara la tarea de "repensar las cosas por sí mismo" y establecer nexos con la divinidad, desde la inmejorable óptica de la libertad individual. De esos caldos de cultivo surgirían el mercantilismo, la propiedad privada, el libre comercio, el deterioro del derecho divino y el ascenso de las clases "burguesas" de las ciudades.

Entender este período histórico implica necesariamente el estudio y comprensión de ideas fundamentales, tales como "religión" e "iglesia". Pero, ante todo, este período está signado por hechos políticos: alianzas, concilios, guerras, declaraciones, etc. que tienen su origen en el seno ideológico y en los debates de los teólogos y de los libres pensadores. La discusión, en última instancia, estriba sobre el problema de la libertad individual y de la salvación colectiva, en el seno de una iglesia temporal pero con ínfulas de ser divina.

La Iglesia, institución, y como tal conservadora, jadeaba negligentemente detrás de la historia y de sus acontecimientos. Cada vez se ensanchaba más el abismo entre las aspiraciones de una burguesía, ávida de armonizar su acción y su fe, y las soluciones irrisorias o inadaptadas que le proponía una

iglesia anacrónica. Tanto más, cuanto que el clero, sobre todo los teólogos, ignorantes de la realidad de su tiempo y, por otra parte, muy poco interesados en conocerla, continuaba encerrados en su torre de marfil y, cerrando los ojos a toda realidad, en su aristocrático desprecio por las gentes de su época, se figuraban incluso que los religiosos eran ellos y sólo ellos.

“Así, a amparo de los oratorios cerrados, toda una corriente de especulaciones silenciosas atraviesa el final de un siglo desgarrado para prolongarse hasta mediados de otro siglo todavía más atormentado” (Lucien Febvre: *Erasmus, la contrarreforma y el espíritu moderno*; Barcelona, 1985, Editorial Orbia, Colección Historia, Nº 13, p. 45).

Desde el punto de vista religioso —más que religioso, “ritualista”, esta es una época signada por la devoción apasionada, la cual se expresaba en el arte (pintura y escultura), pero, fundamentalmente, hacía uso de la nueva técnica de la imprenta para difundir diversos misterios religiosos. Los religiosos reformadores y sinceros debieron poner freno a una inusitada ansia de redención del pueblo, el cual se valía de todos los recursos para obtener la salvación. En este contexto florecen las devociones del Santo Rosario, las Letanías, el Angelus, el Vía Crucis, la Bendición y Exposición del Santísimo Sacramento; devociones todas que la Iglesia especifica y acepta, junto a una tabla (tarifada) de indulgencias, para la vida eterna, para todos aquellos que las practicaran. Contra este comercio de la salvación de las almas, irrumpe en buena medida la fe de los reformadores, auspiciando una salvación individual, fuera de una iglesia mercantil que vende jaculatorias para llenar sus desprovistas arcas. Signos de la época!

Pero estos elementos, estos “auxilios” de los maestros del

extasis y de la iluminación ¿eran realmente adecuados a aquellos hombres de acción, a aquellos hombres de negocios que, cada vez más numerosos e importantes se forjaban entre ellos mismos por medio de su trabajo, una conciencia de grupo? ¿Eran también adecuados, podían serlo, a unos espíritus lúcidos, emancipados cada vez más por el intenso estudio de los hermosos textos clásicos, donde griegos y latinos habían sido desempolvados y traducidos? ¿Y las expectativas abiertas ante la aparición del Nuevo Mundo?

Sin embargo, a pesar de que miles de cristianos hicieron suyas las doctrinas de aquellos que en el siglo XVI fueron vulgarmente conocidos como los “malolientes de la fe”, y no como “los adversarios de la doctrina”; estos seguimientos se realizaron no para crear iglesias distintas de la iglesia romana. Separarse de ésta no era el objetivo ni el deseo de unos hombres que, por el contrario, pretendían sinceramente que sólo les movía el deseo de “restaurarla” según el patrón de la “iglesia primitiva”, cuyo mito seducía sus imaginaciones. Lo que en realidad consiguió, por fin, dotar a los hombres del siglo XVI de una religión mejor adaptada a sus nuevas necesidades, más conforme con las nuevas condiciones de su exigencia social:

“Lo que caracteriza esencialmente a la Reforma, es haber sabido dar a los problemas de conciencia que sufría una buena parte de la cristiandad, una solución realmente adoptada a las necesidades y al estado de ánimo de unas masas inquietas, en busca de una religión sencilla, clara y plenamente eficaz” (Lucien Febvre: *Martín Lutero, un destino*, Rieder, 1928, 3a. edición: PVF, p. 115 y ss.)

II.- LA IGLESIA: ¿una institución mercantil?

España, en el cenit del poder político y religioso del mundo, forja sueños imperialistas, donde se funden la fe y la espada en forma de cruz y toma, entonces, España la aventura de convertirse en el adalid de la cristiandad universal; evangelizar América y rescatar los lugares santos del dominio de los turcos. Sostiene, además, España, duras luchas contra los papistas de Roma, contra los disidentes franceses y contra los luteranos alemanes. Carlos V, Emperador del Sacro Imperio y Rey de España y de las Indias, debe asumir el rol del "hombre del equilibrio", ser el moderador y el eje de los conflictos que se ciernen sobre toda la Europa católica. Tócale a él el papel de gran árbitro. Carlos V intenta apagar el incendio en que arde Alemania, pero también extirpar los abusos de la iglesia.

Los censos españoles de la época nos hablan de un elevado porcentaje demográfico que se dedicaba a la vida clerical: monjes, curas, prebostes, arciprestes, hermanos, capellanes, vicarios, etc., conformaban una inmensa población, buena para nada, que medraba al amparo de las prebendas de la institución eclesial. En un tiempo en que la Inquisición hace estragos, el celo de la Iglesia se ocupa de meros formalismos y costumbres de los creyentes de la época, los cuales eran investigados por si se salían de la "regla" o si los judíos y árabes conversos volvían a sus antiguos ritos.

En el resto de Europa, dominada por las huestes españolas de ocupación, el clero no se diferenciaba en gran medida del español. Y los abusos se extendían. La iglesia se convirtió en aquel templo donde la furia del Jesús evangélico se hizo patente para expulsar a los mercaderes. Ante este estado de cosas no es pues, de extrañar el surgimiento de actitudes

reformistas dentro de la institución. Vale citar un refrán que circulaba en España para la época y que se refería a los tres escalones que un joven ambicioso, ávido de riquezas y honores, debía recorrer: *Iglesia, o mar, o casa real*; la iglesia se colocaba a la cabeza de todos los malos apetitos. El hervidero de clérigos, regulares y seculares, engendraba en todos lados un verdadero proletariado espiritual cuya materialismo elemental no constituía un espectáculo precisamente edificante.

¿Cómo presentaba su religión la iglesia cristiana a esa sociedad burguesa del Renacimiento y de la Reforma? Regía en ella un oscuro dogmatismo donde la razón estaba demás. Razón y fe no eran conciliables; se debían aceptar los dogmas sin comprenderlos ni discutirlos. Por otra parte, proliferaba los movimientos místicos, iluminados, beatos que veían a Dios, creencia en supersticiones y milagros a granel.

Los hombres de acción, los que trabajaban en el mundo y para la época, los mercaderes, los burgueses, no encontraban paz ni pan en las enseñanzas de la iglesia; el ejemplo de los cristianos tampoco los estimulaba en forma alguna. Sin embargo, hombres creyentes y de buena fe, practicaban por supuesto una religiosidad sencilla, pero en el fondo de sus almas experimentaban una profunda sensación de vacío. Querían, deseaban ardientemente poseer una fe clara y sencilla pero que les instruyese sin ambigüedades: "Este es tu deber; esto es lo que tienes que hacer para estar en paz con tu conciencia, viviendo, trabajando, actuando en el siglo".

LA REFORMA: un intento de respuesta

Existía en la conciencia de los cristianos creyentes la necesidad de encasillar, de ordenar, ciertas verdades que no permitían una fe clara y que alejaban al creyente de Dios.

Aquellos que “querían entregarse por entero al servicio del Señor”, debían luchar contra los usurpadores y contra sus atropellos, combatir a la corte y a los cortesanos, exaltar la majestad única y divina por encima y enfrentarse a los más allegados al soberano o al pontífice de turno. Y en el terreno religioso, se deseaba poner en su verdadero lugar a la Virgen María, a los apóstoles, a los santos, a los “padres” de la iglesia y, con mayor razón, al Papa, ese ridículo dios terrenal; restituir a las “santas biblias”; como dice Rabelais: “... restituir su supremacía (la de la Biblia) sobre las alabadas de la verborrea teológica romana” (Gargantúa, París, 1927; Ediciones Lefranc, Libro XXI, p. 185).

Otro aporte de la Reforma lo constituyó el hecho de hacer asequible y manejable a los laicos los textos sagrados. Al restituir a los laicos la “palabra” íntegra, el mensaje divino, ese movimiento testimoniaba su profundo anticlericalismo; un anticlericalismo tan arraigado en las masas, tan popular y deseado, que muchos de sus partidarios, encontrando en sus jefes, los dirigentes iniciales, una actitud tímida frente a ese sentimiento, se rebelaron contra ellos y contra esos restos de sacerdotismo que se obstinaban (sobre todo Lutero) en conservar ante el culto público.

La lectura de las Sagradas Escrituras, de los Padres de la iglesia y de las decisiones de los diversos concilios que hasta la fecha se habían celebrado, devolvió a los cristianos el primitivo carisma de la fe y les reveló el origen de los abusos; les inundó el deseo de volver a las prácticas de la iglesia apostólica de los primeros tiempos. Bajo la influencia de dichas lecturas no titubearon en señalar los malos hábitos arraigados en el clero: la ignorancia e inmoralidad de los sacerdotes, los abusos de la curia romana, sus afanes temporales, su vida muelle y el mercadeo de las cosas divinas.

Estas denuncias no se perdían en el vacío, pues era ostensible que los predicadores de la iglesia, los que tenían contacto con las masas cristianas y creyentes, eran una especie de fablistanes, magos, tahúres y trovadores de baja estofa y de poca fe que reducían los misterios cristianos a una práctica ritualista de gestos y expresiones latinas desconocidas para el vulgo. Los teólogos y miembros de las diversas congregaciones religiosas no se dedicaban de lleno a la "cura de almas" en los pueblos, pues tal oficio era menospreciado por aquellos supuestos "hijos de familia" (hijosdalgos) que se habían dedicado a la vida religiosa: superstición en los de abajo, aridez espiritual en los de arriba, catedrales pétreas y sabiduría inaccesible.

La Iglesia no supo dar respuestas a los problemas de su época, porque no las tenía, al desconocer el mundo que rondábala. Reformar el clero no era una solución válida, tampoco su instrucción, pues, se seguía sosteniendo el principio de "autoridad", contra el cual todos los creyentes de ese siglo arrojaban sus más potentes dardos. Dos factores constituyen, por su parte, el éxito y las propuestas de la Reforma:

- 1) Haber puesto al acceso del vulgo la Biblia, al traducirla a los lenguajes nacionales.
- 2) La justificación por la Fe, lo cual invalida cualquier ministro intermediario entre el creyente y la divinidad.

1.- **La Biblia.** En este libro, traducido en lengua vulgar y puesta en manos de todos los fieles, sin cortes, reservas ni censuras previas de un cuerpo de intérpretes sancionados por la autoridad eclesiástica, los contemporáneos de los primeros reformadores encontraron algo que perseguían con violento y razonado deseo: un Dios vivo, humano y fraternal para con las

debilidades humanas y, por otro lado, si no la supresión, al menos la transformación radical del clero y del sacerdocio.

2.- La fe. La Reforma también proclamó la fe como única justificación: "No se deben hacer buenas obras para alcanzar el paraíso y la vida eterna; pues esto no se nos da por las obras, sino por la gracia, por la fe, por el don de Dios" (Lucien Fevre: *Erasmus, la contrarreforma y el espíritu moderno*, 1985, p. 55)

La justificación por la fe, elimina de plano la intervención de un ministro divino para que nos imparta los sacramentos. Estos son sustituidos por la "adhesión voluntaria a la fe", por la deliberada y consciente creencia en el mensaje divino de la Redención. Fueron estas doctrinas las que arrojaron gran cantidad de creyentes que se sintieron libres de la pesada carga de la institución eclesiástica:

"Quien dice purgatorio dice: 'pena que sufren las almas de los difuntos en satisfacción de sus pecados'. ¿Satisfacción de sus pecados? Qué herejía, ¿Acaso Cristo, con su sacrificio, no satisfizo, de una vez por todas, todos los pecados de los hombres? ¿Acaso la sangre de Cristo no fue la única expiación, oblación y satisfacción de los pecados de los fieles" (Calvino: *Institución Cristiana*, III, párrafos 6 y 13; citado por Lucien Fevre, o.c. p. 57).

El hecho de que el creyente pudiera leer por sí mismo e interpretar la palabra de Dios, en la cual éste se expresaba directamente, cara a cara con su pueblo: "Deus ipse loquens" (Calvino), "Dios realmente presente" (Lutero), hacía innecesaria la existencia de sacerdotes y ministros como intermediarios entre Dios y su pueblo: "Todo cristiano es un sacerdote, todo creyente es su propio sacerdote".

III. LA CRISIS Y SUS PENSADORES

La "pre-forma" es un estado de cosas en el cual de todas partes se amontonan ingredientes para la mesa espiritual de los grandes humanistas cristianos de fines de siglo XVI. La "pre-reforma" es un término que ayuda a vencer la leyenda de una "reforma" surgida súbitamente del poderoso y atormentado cerebro de Lutero. En efecto, son muchos los pensadores, al interior de la iglesia cristiana, que se dan cuenta de los grandes problemas de fe que afectan a los creyentes de su época y que señala los desafueros y abusos de dicha institución. Entre ellos vale señalar, como uno de los preclaros, a Erasmo de Rotterdam. Si bien algunos estudiosos de Erasmo no aceptan la idea de su carácter "moderado", con respecto al carácter agrio y furibundo de Lutero, Huizinga, por ejemplo, señala que no por eso: por ser un moderado, contó menos Erasmo, influyó menos en la historia de su siglo, y en la de los siglos siguientes que los violentos. Otros estudiosos, en cambio (Reanudet y Marcel Bataillon) ponen de relieve, una y otra vez, al gran defensor de la filosofía cristiana, al apologista de un cristianismo simplificado, depurado, reducido a las proporciones de un Evangelio sin dogma e incluso, sin moral; valoran al exégeta del Nuevo Testamento; al sostén primero, y adversario después, de la Reforma alemana.

Erasmo, en su clasicismo depurado, en su elocuencia escrita, influyó demasiado en las cortes y concilios de Europa. Controversial pero firme, fue incluido entre los autores prohibidos. No es menos cierto que durante muchos años, desde su muerte hasta el advenimiento de Felipe II en España, su pensamiento, aunque no se puede afirmar que siga brillando con vivo resplandor, si continúa animando, vivificando — subterráneamente— la obra y la vida de unos hombres nutridos de su esencia, orientados en su dirección, incluso a despecho de la Inquisición.

Después de su muerte "... ya no se nombrará más a Erasmo. No se le citará. Pero se continuará su obra interiormente. Continuará floreciendo en secreto, en los claustros y en los gabinetes de los humanistas, de los moralistas después, y de los escritores, artesanos de una literatura a la vez recreativa, verdadera e instructiva, hecha para señalar a los hombres sabiduría y piedad... Si España no hubiera pasado por el erasmismo, no nos habría dado el Quijote" (Lucien Fevre: *Erasmo...* p. 107).

La religión que postuló Erasmo:

Frente a un dogmatismo rígido pero barroco, Erasmo postula una religión muy libre, muy abierta, muy pura; una religión casi soñada.

Nada de credos rígidos y poco atractivos. En el centro de toda la vida religiosa un hombre que habla, enseña, cura, ama y consuela; el Cristo del evangelio, interpretado con la mayor buena fe, por la razón. Nada de mediadores entre él y sus criaturas. No es que apartara a la virgen ni a los santos y santas del paraíso, sino que Erasmo los coloca en su lugar, que es el de los personajes secundarios y no el de protagonista, de subordinados y no de superiores. Nada de pesimismo devaluadores que cortan las alas hasta de los más piadosos.

Erasmo, con esfuerzo y habilidad, trata de atenuar los efectos y el error del pecado original; intenta borrar el temor a la muerte que hace la vida un suplicio; intenta devolver al hombre una confianza plena en sí mismo, en su propia virtud, en su íntegra honradez. El dogma no es lo primero sino la moral, individual y colectiva. Con un espíritu libre y abierto, Erasmo trata los dolorosos problemas cotidianos que se plantea a las conciencias rectas: problemas de higiene social, enfermedades contagiosas, la guerra, el gobierno, la práctica

piadosa, etc. Este es el fondo de la religión que predica y postula Erasmo en *El Enchiridión* (1509), en *El Elogio de la Locura* (1511) y en *Los Coloquios* (1519).

Otros hombres, otras ideas:

Dante, Moro y Erasmo, testigos de excepción de los sucesos de su tiempo, no dejan, sin embargo, de admitir que la moral cristiana debe disciplinarse, que las relaciones de los soberanos, ya sea con otros soberanos ya sea con sus súbditos, deben reglarse de acuerdo a principios éticos. Ellos siguen planteándose la cuestión del *buen gobierno* y, como cristianos, buscando en la ética cristiana la solución. Maquiavelo, por el contrario, reduce toda política al arte de captar, de cultivar y ordenar las fuerzas, al margen de toda consideración moral, de toda ética cristiana o pagana. Posición demasiado extremista para ganar adeptos. En Dante, específicamente, se plantea el problema de cuál es el régimen que más conviene al mundo cristiano, pues su pensamiento no sólo abarca a Florencia sino al mundo de la cristiandad. Y ese régimen que busca Dante es, a la vez, una reforma y una restauración. Reforma del individuo ilustrado por la doctrina de Santo Tomás, iluminado por la teología mística de San Buenaventura, instruido por la enciclopedia de Aristóteles, guiado por la ascesis y la meditación hasta el umbral de las gracias de la oración, concedidas a San Bernardo y a los maestros franciscanos. La Restauración que se postula tiene que ver con el manejo de los dos poderes encargados de conducir por las vías temporales y las espirituales al mundo cristiano: El Imperio y el Papado; la Santa Liga y la Santa Sede.

Entre Dante y Maquiavelo, entre *La Divina Comedia* y *El Príncipe* no hay acuerdo posible. Sin embargo se hace necesario remontarse a Dante para comprender la origina-

lidad del pensamiento político de Maquiavelo: Este es un político positivo, sin prejuicios, que instalado en el medio de una sociedad humana tal como es, construye con los materiales que se le ofrecen los planos de un "estado nacional" italiano. Dante es un reformador visionario, que desprecia el mundo real y que, desdeñando las naciones, reconstruye, con la ayuda de las puras ideas, un abrigo para toda la cristiandad. Maquiavelo no toma en cuenta el bienestar del género humano cuando se trata de establecer principios para el buen gobierno; para él lo que cuenta es "gobernar", a como dé lugar. Maquiavelo es romano de espíritu, pero de la época republicana, no del imperio; prefiere los resultados concretos, analiza y conoce la historia política, el derecho, la diplomacia y el arte militar; pero él no interpreta sino sólo saca cuentas de los hechos políticos, sin tomar en cuenta la economía, la religión, la ética. Erasmo, por el contrario, podía entender y comprender, deducir de la simple actividad frenética de los muelles de Amberes, todo lo que ello significaba y encubría: el nacimiento del mercantilismo y de una nueva clase social, los burgo-comerciantes.

El "estado nacional" que propugna Maquiavelo es ascético desde el punto de vista religioso; no le interesa la religión y el Estado es una cuestión civil, eminentemente laica y terrenal profundamente. La "ciudad de Dios" es su antítesis. Las virtudes son terrenales: no la humildad sino la fuerza en el mando; no la caridad sino la diplomacia inflexible y el orden republicano; se opone al sufrimiento, a la expiación, al castigo por las culpas propias; desprecia las palabras. El soberano era reconocido si sabía gobernar.

Hace gala de cinismo Maquiavelo al asentar aquel principio de que: "Un buen político respeta siempre la religión", porque sólo ella tiene el poder de imponer a los hombres

sacrificios necesarios que el Estado puede reclamar en circunstancias diversas (Lucien Febvre, o.c., p. 116). Por eso el hombre de estado refuerza la religión, aunque sólo sea impostura; la refuerza para servirse mejor de ella; para dominar mejor, a través de ella a sus súbditos. Para el Estado "la iglesia es una mina". Maquiavelo es indiferente a los dogmas, pero no a su acción. Si prefiere una iglesia única es para que pueda actuar mejor, para que embrutezca mejor: "el fin justifica los medios".

A pesar de todos estos principios e ideas lanzados por Maquiavelo en esa época de transición, debemos señalar que fue demasiado adelantado a su tiempo; solitario e incomprendido en un mundo demasiado preocupado por la cuestión religiosa, el mundo en que le tocó vivir no sacó provecho de sus propuestas; sólo en una lejana fecha su voz tuvo eco.

CONCLUSIONES

Independientemente de los cismas que se produjeron en el seno de la Iglesia Católica, es necesario reconocer hoy, con mirada lejana y sincera, la necesidad que tenía dicha institución de ser revisada; las expectativas del mundo creyente del siglo XVI arrojaron una discusión de la cual la iglesia salió rejuvenecida y renovada, provocó la celebración de concilios y sínodos que vertieron luces y establecieron sendas de fe más acordes con la conciencia de los hombres del siglo. Mal hijo de esa doctrina rígida la constituyó, sin embargo, la Inquisición.

En esas confrontaciones de la fe del siglo XVI no se opusieron sólo dos religiones, la católica y la reformada, sino más bien varias, ya que hubo muchas más, y la fecundidad de un siglo elemental no se limitó a levantar, frente a frente, un protestantismo bien hilvanado o un catolicismo expurgado

hasta sus reconditeces. Es una época en la que no podemos —como historiadores de las ideas políticas— colocarnos, biblia en mano y manuales en ristre, a fungir de inquisidores para endilgarle a cada quien un epíteto y arrojar a cada quien al foso del respectivo gremio: católico o protestante. Sería un vano propósito tal cometido. Afirma a favor de esta opinión Lucien Fevre:

“Un católico irreprochable de 1520 puede muy bien parecer sospechoso a los ojos de un católico ortodoxo de 1570. Y sería quimera o estupidez querer medir a este hombre de 1520 por el mismo rasero de un católico de 1928”. (o.c. p. 69).

La iglesia como institución siempre ha constituido un obstáculo para el desarrollo de la razón humana(*). Los espíritus inquietos de época no vieron con buenos ojos a una iglesia que defendía a capa y espada dogmas irracionales, elementos insostenibles de la tradición; sintieron pena por una institución que no cumplía su labor de predicar la verdad sino que más bien detenía su develamiento.

Cabe afirmar, dentro de este contexto, la importancia y validez de la dialéctica hegeliana, cuando observamos que dentro del seno de la iglesia siempre se han suscitado manifestaciones, protestas por el celo con que ella ha defendido la inmutabilidad de su doctrina. Sin embargo, la *astucia de la razón*, le ha jugado lances a esa institución conservadora. Esos ataques, esas confrontaciones, aquellas disputas, han propiciado, sin embargo, ideas nuevas, reflexiones justas y críticas profundas, que han permitido que el catolicismo se enriquezca, se nutra de aportes nada despreciables. De hecho, la Iglesia ha obtenido estas ganancias muy a su pesar, perdiendo por un lado lo que ha ganado por otro.

Esta ha sido la dialéctica permanente de la Iglesia; una lucha entre la ortodoxia y la herejía. Esa lucha será la que origine las reformas "institucionales". En las masas creyentes siempre ha existido un deseo latente que como levadura, aspira aliviar el rigor del absolutismo romano y llegar a la práctica de una fe sencilla, deslastrada de rituales y ceremonias aparatosas que el régimen oficialista eclesiástico le había conferido. Por otra parte, la Iglesia siempre ha sacado provecho de sus crisis y de sus confrontaciones, a veces heréticas. Cuando más amodorrada se encontró, siempre hubo querellas que dirimir y sobre las cuales establecer "doctrina", hechos éstos que aprovechó para acrisolarse y reflexionar acerca de la universalidad de su mensaje y de su destino. (**)

Esos *hombres de la transición* no pretendían que la iglesia izara urgentemente una nueva bandera, que abandonase su organización secular; querían, solamente, obligarla a discutir los problemas que el progreso del entendimiento humano, acerca de sí mismo y de su entorno reclamaban; se hacía necesario un alto en la marcha, era urgente una reflexión y un viraje. Estos problemas aquejaban a unos hombres profundamente transformados, nuevos hombres surgidos de las prácticas de oficios remunerados, ya no siervos de la gleba; hombres testigos de una sociedad que se aburguesaba; hombres surgidos, también, del estudio ferviente de las ciencias y de la literatura clásica (greco-latina): disciplinas de lógica humanizada, de recta razón y de pensamiento independiente. El acceso a textos primigenios, a las fuentes del saber y de la tradición, sin la censura de una iglesia que avalaba la ignorancia y extendía el despotismo, infundió en las mentes de aquella época una inusitada admiración y una sed de libertad pensadora que auguraba nuevas realidades, al calor de los nuevos espacios geográficos descubiertos: todas las utopías posibles. Y hacia esas ideas dirigieron sus vidas.

La iglesia con sus “perros guardianes” —teólogos— acusó el impacto contra la ortodoxia y tomó sus represalias: penitencias en forma de humillaciones para el orgulloso Erasmo, destierro para Lefebre De Etaples, excomunión para Lutero. Reinó el terror. Unos aceptaron las purgas o penitencias; otros, condenados de por vida, se separaron. Surgieron entonces las “iglesias nacionales” —a despecho de Maquiavelo que propugnaba “estados nacionales” pero una sola iglesia—. El dogmatismo hoy se debe sonrojar por todas las fisuras que su actividad ha causado en la Iglesia, pero ésta no se ha desmoronado. Tampoco en aquella época se desmoronó, a pesar de sus teólogos. Surgió la Contrarreforma con la Inquisición a cuestas. La Iglesia debió aceptar reformas y reacomodos.

Conciliar con el cristianismo a las masas separadas por su verborrea teologal, salir del claustro y de los patios eclesiásticos para propagar una doctrina que es universal y no sólo de los eclesiásticos, de los pensadores, de los letrados, constituyó el acto supremo que debió encarar la Iglesia para sobrevivir en ese difícil período de la transición.

El futuro de la religión depende de lo que haga la Iglesia por convertirse de nuevo en la patria de todas las almas, en la madre de todos los que buscan ansiosa y sinceramente la verdad.

- (*) “...opuso el cristianismo la humilde aceptación por la fe de la verdad divina a la arrogante sabiduría del mundo” (Fernand van Steenberghen: *Aristóteles en Occidente*, Caracas, 1988, p.31).
- (**) “...Al quemar Lutero la bula *Exsurge*, le hacía el juego al papa León X, al proporcionarle a la ortodoxia romana, sacada de su sueño dogmático, una herejía con sabor a escándalo y odio; herejía que la iglesia necesitaba para rechazar unos ataques más peligrosos y que, por tal razón, pudo prevenir” (Lucien Fevre: o.c.;p.125)

BIBLIOGRAFIA

FEVRE, Lucien. **Erasmus, la contrarreforma y el espíritu moderno.** Barcelona, 1985; Editorial Orbis, Colección Historia, N^o 13.

—————. **Martín Lutero, un destino.** Rieder, 1928, PVF. 3a. edición.

FOUCAULT, Michel. **Las palabras y las cosas.** México, 1974 FCE.

MAQUIAVELO, Nicolás. **El Príncipe.** Madrid, 1974; Editorial Mediterráneo.

RABELAIS, Francisco. **Gargantúa, París,** 1927, Ediciones Lefranc.

STENBERGHEN (VAN) Fernand. **Aristóteles en Occidente.** Caracas, 1988, Inst. de Filosofía-UCV, Editorial Tropykos.

